

EDUCAR PARA LA TRANSCENDENCIA

Dr. Francesc Torralba Roselló

Universidad Ramon Llull. Barcelona

1. Aclaraciones terminológicas

1.1. De la idea de educar

Comenzamos con seis nociones vagas sobre lo que significa educar en el mundo.

Educación es viajar desde la corteza al fondo, dicho en otras palabras; es apostar por la profundidad. Cuando educamos a una persona, intentamos que tenga una visión profunda del mundo, de sí misma y de la historia. No nos conformamos con ofrecerle una visión superficial y panorámica. Deseamos que vaya a fondo, que sienta la inquietud de penetrar en la esencia de las cosas y, en particular, en el fondo de sí misma.

Por esto, la educación no es sólo una mera transmisión de conocimientos, sino una práctica de desvelamiento, una motivación que pretende suscitar en el educando el anhelo de saber más, de conocer más, de amar más, en definitiva, de ser más.

Educación es despertar el yo consciente. Educar, siguiendo el modelo socrático, es despertar el yo profundo de cada persona, ayudar al educando a que sea lo que está llamado a ser. No se trata, en modo alguno, de dirigirlo ni orientarlo hacia fines preestablecidos por nosotros, Educarlo es cuidar de él, a fin de que su proyecto pueda realizarse. Para que pueda descubrir su misión personal, es necesario que el educando experimente el silencio y se disponga a ser receptivo a la llamada.

Educación es potenciar la libertad de la persona. Tal como pone de manifiesto Edith Stein, educar no consiste sólo en respetar la libertad del educando, sino en potenciarla en su grado máximo, haciéndole tomar conciencia de que la vida humana es don y tarea a la vez, proyecto libre y responsable.

Educación es desarrollar todas las potencias, facultades y capacidades de la persona. Hay unas dimensiones latentes en el educando que sólo a través de la práctica educativa verán la luz y se desarrollarán totalmente. El ser humano es un ser de posibilidades, pero sólo puede hacerlas realidad si se siente acogido en esferas

óptimas para desarrollarlas y hacerlas crecer. La familia y la escuela son ámbitos privilegiados para actualizarlas.

Educación es suscitar vínculos de afecto. La educación tiene, irremisiblemente, una dimensión emocional y afectiva. Educar es transmitir conocimientos, valores, principios, criterios, habilidades, pero también consiste en comunicar emociones y mecanismos para administrar y gestionar correctamente las emociones.

Educación es preparar el encuentro entre el educando y el Maestro Interior. El maestro exterior tiene, en este sentido, una función prolegomenal, preparatoria. La finalidad es que el educando descubra al Maestro Interior en el núcleo de su interioridad, que sea capaz de vivir conforme a El, de descubrir la verdad en el estrato más profundo de su ser. Todo ser humano tiene un misterio dentro de sí. Como dice San Agustín, el maestro exterior tiene como objetivo hacer posible que el educando se vincule con el último estrato de su ser, experimente el vínculo fundamental con el Maestro Interior que le educa desde dentro.

1.2 De la idea de trascendencia

La palabra *trascendencia* es muy rica desde un punto de vista semántico. Atesora en ella muchos significados que hay que saber distinguir debidamente para saber qué se defiende cuando se hace referencia a una educación para la trascendencia. No estamos delante de una palabra que tenga un significado unívoco, sino que tiene un campo semántico muy amplio y, aunque tradicionalmente tiene connotaciones estrictamente religiosas, la palabra *trascendencia* es también rica en significados en un campo estrictamente no religioso.

Educación para la trascendencia significa, primeramente, explorar estos diferentes significados y, posteriormente, explorar los mecanismos y las prácticas pedagógicas que pueden despertar en el educando el sentido de trascendencia.

En el *Diccionario del Instituto de Estudios Catalanes* se describen las palabras *trascendencia, trascendente, trascender y trascendental*. *Trascendencia*: es la cualidad de trascendente. *Trascendente*. Es lo que sobrepasa los límites de la realidad concreta. También significa el que intelectualmente o moralmente alcanza gran altura. *Trascendental*: De gran importancia por las consecuencias que puede tener.

Trascender. Ir más allá. Una cosa que se produce en un medio, llega a ser conocida, a tener consecuencias en otro medio. Movimiento, dinamismo, ir hacia lo que no se es, caminar hacia lo que no se tiene, moverse hacia una esfera mayor.

Educar es, en este sentido, trascender, ir más allá, ampliar el universo del educando, enseñarle a comprender los diferentes niveles y estratos de la realidad. Siempre está relacionado con la superación de un límite, de una barrera. Cuando enseñamos a un educando un contenido nuevo o le transmitimos una nueva habilidad, lo estamos conduciendo hacia un terreno que aún le es desconocido y, en este sentido, está trascendiendo, se está moviendo hacia lo que no sabe.

Después, con la experiencia y la familiaridad, acabará conociendo aquel territorio, pero, posteriormente, si sigue su aprendizaje, se sentirá llamado a ir más allá, a explorar nuevos feudos y, de este modo, volverá a trascender su mundo. Educar es, en este sentido, suscitar el movimiento de trascendencia en el educando, el deseo de ir más allá de lo que conoce ahora y aquí, de superarse indefinidamente, de no contentarse con los límites.

La trascendencia tiene conexiones con la palabra *trasgresión* que es el acto de transgredir, es decir, de violar una ley, un precepto, una orden. Es moverse de un mundo a otro, ampliar la mirada y la perspectiva, superar el tribalismo, la mirada estrecha y corta. También tiene que ver con el verbo *transitar* que es la acción de pasar más o menos rápidamente de un estado a otro, de un asunto a otro, de una idea a otra.

El sentido más inmediato y elemental de la voz *trascendencia* se refiere, tal como hemos visto, a una metáfora espacial. Trascender (de *trans*, más allá, *scando*, escalar) significa pasar de un ámbito a otro, atravesando el límite que los separa.

Desde un punto de vista filosófico, el concepto de *trascendencia* incluye, además, la idea de superación o de superioridad y, por tanto, de rebote, la de esfuerzo. En la tradición occidental, la trascendencia supone un más allá del punto de referencia. Trascender significa la acción de sobresalir, de pasar de dentro a fuera, de un determinado ámbito, superando su limitación a clausura. Así, por ejemplo, dice San Agustín de los platónicos que “trascendieron todos los cuerpos buscando a Dios”.

Desde un punto de vista filosófico, *trascendencia* se opone a *inmanencia*. Lo trascendente es lo que se encuentra por encima de lo que es puramente inmanente. La inmanencia es la propiedad según la cual una realidad permanece como cerrada sobre sí misma, agotando en ella todo su ser y su obrar. La trascendencia supone, por tanto, la inmanencia como uno de sus momentos pero se le añade la superación que representa el acto de trascender.

Hay dos nociones filosóficas de trascendencia: la de matiz gnoseológico y la de matiz ontológico. La primera se pregunta si es posible conocer los objetos tal como son en sí mismos; la segunda se pregunta si es posible para el hombre conocer algo que esté más allá de su experiencia empírica.

Según el filósofo Nicolai Hartmann, el conocimiento es como un *transcensus* del sujeto más allá del ámbito de su propia conciencia, como una irrupción del sujeto en la esfera del objeto trascendente y heterogénea para él. Según este autor, aunque la realidad no se nos hace accesible más que cuando la conocemos, el conocimiento no constituye las cosas, sino que simplemente las hace patentes. La realidad del objeto no depende antológicamente de la realidad del sujeto.

La trascendencia ontológica significa todo lo que está fuera o más allá del mundo que percibimos a través de los sentidos externos. Es lo que está más allá de la conciencia. Se refiere, por ejemplo, al alma o a Dios. Según Martin Heidegger, la existencia humana hay que entenderla como una continuada y siempre renovada trascendencia, como un esencial sobrepasar (*überstieg*), como una proyección (*Entwurf*) que busca el último sentido de las cosas. Kart Jaspers defiende que la trascendencia se vislumbra a través de las situaciones-límite (*Grenzsituationen*): el pecado, el dolor, la muerte, la culpa, la lucha, la enfermedad y el sufrimiento.

La idea de trascendencia evoca, finalmente, la idea de un movimiento infinito, un anhelo que nos hace ir hacia una realidad mayor. Este deseo se expresa en la voluntad de ser más, de amar más, de realizarse más plenamente, de no pararse en ninguna meta, ni frontera en concreto. Este anhelo, en sí mismo, no prueba ni demuestra la existencia de un más allá que llene definitivamente la sed de la persona, pero tampoco lo niega. Es razonable creer en una trascendencia plena dotada de sentido y donde el ser humano pueda coronar definitivamente este anhelo. Este es, al fin y al cabo, el núcleo último de la filosofía cristiana de todos los tiempos.

Según el filósofo Francisco Romero, la realidad misma es trascendente. Según este autor hay que afirmar que todo es trascendente y no sólo la realidad espiritual. Distingue diversas formas de realidad y cada una tiene su nivel de trascendencia hasta llegar al espíritu puro que es puro trascender. La trascendencia, tal como la define Romero, es como un impulso que se difunde en todos los sentidos, que se desarrolla en largos trayectos de manera seguida y continuada, pero que se abre a nuevas realidades. Ser es trascender según él. *El impulso hacia la trascendencia es liberarse de formas de vida endogámicas y tribales*. El hecho de trascender, pero, llega a su pureza y perfección cuando se abre definitivamente a los valores espirituales.

Toda inmanencia es, al fin y al cabo, alienante y hay que salir de ella, proponiéndose nuevas metas y objetivos.

Esta idea del trascender y de la trascendencia aparece de diversas formas en el pensamiento contemporáneo. Por ejemplo, Kart Jaspers afirma que, de hecho, filosofar es una orientación hacia el mundo, una dilucidación de la existencia, es trascender. El hecho de filosofar es, según el pensador y médico de Basilea, un acto de trascendencia.

Según su punto de vista, la trascendencia es insondable, pero toda la filosofía se encamina hacia ella. No se puede responder, según él, a la pregunta sobre qué es trascendencia, porque sólo tenemos un conocimiento indirecto y se da a través de un esclarecimiento incompleto del mundo, de la imperfección del hombre, del fracaso universal. En definitiva, la trascendencia es lo que completa aquello que es incompleto, lo que da sentido. Según el filósofo cristiano y personalista Emmanuel Mounier, la trascendencia evoca la experiencia de un movimiento infinito, o cuanto menos, indefinido hacia un “ser más”.

A la luz de lo que se ha dicho, parece muy difícil hallar una concepción común de trascendencia válida para todos los casos, más allá de la visión general, de la trascendencia como un “ir más allá de un cierto límite”. Por esto, tal como señala el pensador catalán Josep Ferrater Mora, parece que lo más prudente es que cada vez que se use la palabra *trascendencia* o el verbo *trascender* se especifique qué es lo que se trasciende, qué clase de límites son los que se supone que se traspasan y qué relación tiene lo supuestamente trascendente con lo que es inmanente.

1.2.1 Trascender el yo

Trascender es, de entrada, abrirse al tú y a los demás. Este movimiento es connatural a la persona, porque, como ser social que es, siente el deseo y también la necesidad de interactuar, de salir del recinto de su conciencia y abrirse a los otros. No puede crecer encerrada dentro de su mundo, necesita desarrollar su permeabilidad, extraer e integrar, transferir emociones, conocimientos y sensaciones, en definitiva, flujo vital.

La trascendencia, entendida en este primer sentido, consiste en superar la tendencia a pensar en uno mismo, a calcular los propios intereses. Olvidarse de uno mismo, saberse situar en la periferia, reducir la propia relevancia, saber ser sirviente y marginal. Entender que hay un todo mayor que nosotros, que más allá de tú y yo,

más allá de nosotros, están los otros, es descubrir el valor de la trascendencia. Trascender el yo significa, en el fondo, superar la tendencia individualista y egocéntrica de la persona inmadura y adentrarse en el mundo de los otros. Es un acto de crecimiento.

1.2.2. Trascender el presente

Trascender es, también, preguntarse por el futuro y por el pasado. Somos seres históricos, venimos de un pasado y anhelamos un futuro. No siempre somos capaces de afrontar el pasado y, menos aún, de mirar el futuro cara a cara, pero educar a una persona consiste también, en hacerle tomar conciencia de su naturaleza histórica.

El presente es, al fin y al cabo, la resultante de una historia pretérita, pero, a la vez, es plataforma de construcción del futuro. Trascender significa abrirse a la perspectiva de futuro, ir más allá del ahora y el aquí y anticipar lo que puede llegar a ser. También significa recordar, mirar hacia atrás, para valorar lo que hemos hecho, cómo ha sido el recorrido y aprender las lecciones correspondientes. Eso significa ser responsable, calcular los propios actos y decisiones, valorar el mal que podemos hacer a los demás y obrar con prudencia.

Educar el sentido de trascendencia, entendida de esta manera, es hacer tomar conciencia al educando del pasado del que procede, de la historia colectiva a la que pertenece, pero, a la vez, consiste en hacerle tomar conciencia de que el futuro no está escrito, ni es fatalidad cósmica, sino que depende, en gran parte de él.

1.2.3. Trascender los valores materiales

Trascender es abrirse a los valores inmateriales. En contextos intensa y extensamente marcados por el materialismo y por el consumismo, hay que reivindicar los valores espirituales que abren a la persona a un universo completamente nuevo. Los valores son horizontes de referencias, finalidades que nunca asumimos plenamente, pero que podemos, gradualmente, conocer y amar, podemos proponernos como hitos de nuestro propio itinerario. Los valores, pues, no son hechos, pero son lo que hace que la existencia tenga valor.

Trascender los valores materiales no significa olvidarse del valor que tienen las cosas, los objetos, el cuerpo, el dinero. Significa descubrir que, más allá de todo este orden de cosas, hay otra constelación que también podemos cultivar y amar. Valores como el silencio, la contemplación, el tiempo libre, la conversación, el paseo, la

meditación no son valores materiales, porque no se concretan en un objeto físico, pero son esenciales para el equilibrio emocional y mental de la persona.

Educar a una persona es abrirla al horizonte mayor, es ayudarla a descubrir estos otros valores que no siempre se hacen presentes en la vida social, pero que son tanto o más importantes para vivir humanamente como los objetos y las cosas materiales.

1.2.4. Trascender el límite de la muerte

Trascender es plantearse, con radicalidad, la pregunta por el más allá de la muerte. Es hacerse, en propia carne, la pregunta: ¿Qué puedo esperar? Aunque no es políticamente correcto introducir esta cuestión en el marco de las instituciones educativas, toda práctica educativa que realmente quiera ir a fondo, no puede eludir esta pregunta, no evitar el tema de la muerte. Al situar radicalmente la cuestión de la muerte, el educando se ve obligado a pensar, a interrogarse por lo que realmente tiene sentido, por aquello que hace que la vida sea algo valioso.

Al aceptar el límite irreversible de su existencia, el educando no puede dejar de preguntarse, seriamente, qué sentido tiene su vida. Se trata, pues, de trascender las preguntas previsibles y cómodas. Educar significa, también, poner al educando entre las cuerdas, hacerle pensar, provocar su reflexión y, posteriormente, darle herramientas para que pueda encontrar soluciones razonables a los problemas del alma.

1.2.5. Trascender las pasiones

No estamos en contra de una educación emocional. Todo lo contrario. Creemos que es fundamental para un correcto desarrollo de la persona y de todas sus potencias, pero hay que trascender las pasiones y esto significa ir más allá de ellas. El ser humano tiene la facultad de dominar y de señorear sus pasiones, de controlarlas y administrarlas racionalmente. Tiene capacidad para ir más allá de los deseos que siente aquí y ahora y de ser fiel a sus compromisos libremente asumidos

No hay libertad sin autodominio. No hay libertad sin capacidad de ir más allá del deseo inmediato que brota de la corporeidad. Trascender el cuerpo no quiere decir negarlo. Significa controlarlo y dominarlo en la dirección precisa, significa no ser su esclavo, sino amo y señor de todo lo que se da en él

1.2.6. Trascender la banalidad

Trascender es ir a fondo, explorar el núcleo de las cosas, no quedarse en la periferia, en la corteza de los problemas. En la cultura de la banalidad en la que vivimos actualmente, existe la tendencia a quedarse, sencillamente, en la anécdota, en la mirada simple que no penetra en la profundidad de las cosas.

La cultura audiovisual de masas es un ejemplo paradigmático de cómo se extiende vertiginosamente la banalidad en todos los sectores. Sólo los que realmente trabajan para aislarse y cultivar su espíritu pueden sustraerse a la cultura de la banalidad. Nuestra cultura de masas está directamente enfrentada con todo lo que signifique pensar, trascender, profundizar, reflexionar.

Es la cultura del *fast think* y del *fast love*. Pero, más allá de esta tendencia generalizada, hay que destacar que tanto el proceso de pensar como el arte de amar requieren tiempo y en ambos el acto de trascender es necesario: hay que ir hacia lo que no se ha pensado en el primer caso; pero, en el segundo, hay que ir del yo al tu y esto sólo es posible si se trasciende la cultura del yo.

Trascender la banalidad es la condición de posibilidad de cualquier experiencia religiosa. Sólo quien va a fondo, experimenta el encuentro con el Tu infinito de Dios. También la fusión en el Todo cósmico requiere trascender la banalidad. En la corteza del yo, no hay experiencia posible, solamente hay lugar para el entretenimiento, para la búsqueda del lugar placentero y de la experiencia agradable a los sentidos.

1.2.7. Trascender las propias imágenes de Dios

Trascender es ir más allá de las propias imágenes de Dios y tomar conciencia de que Dios siempre está más allá de nuestras ideas y preconcepciones. En efecto, siempre hay una distancia infinita entre las representaciones humanas de Dios y Dios. Esta *mayor dissimilitudo* nunca se puede perder de vista. Hay que trascender, pues, las propias representaciones y es necesario que el educando no idolatrace las imágenes, sino que entienda que las imágenes son caminos, itinerarios, símbolos que evocan algo más grande que nunca cabe en los conceptos humanos.

1.2. 8. *Trascender es abandonarse en Dios*

Trascender es tener conciencia de la propia irrelevancia como ser finito y abandonarse totalmente en Dios. Este es, como puede verse, el sentido más religioso de la palabra trascendencia. Por decirlo con el lenguaje de los santos; es ponerse en las manos de Dios, negarse a sí mismo y conformarse libremente, a la voluntad de Dios.

2 *Suscitar el deseo de trascendencia*

Según nuestro punto de vista, hay diferentes formas para suscitar el sentido de trascendencia en el educando. Entre estas diversas modalidades hay que destacar<. El diálogo, el silencio, el símbolo, el rito, la contemplación, la situación-límite, la belleza, la bondad y la unidad. Veámoslas a continuación resumidamente.

2.1 *El diálogo*

El diálogo es ya, por sí mismo, un movimiento de trascendencia y un acto de hospitalidad. En el diálogo se da, por definición, una apertura al otro y, a la vez, una acogida de sus palabras y de todos aquellos elementos no verbales que se manifiestan en el rostro y los silencios del que habla. El diálogo, pues, es un movimiento hacia el otro, una salida de sí, pero, a la vez, puede suscitar el movimiento de trascendencia hacia nuevas realidades, hacia horizontes desconocidos.

A través del diálogo, los interlocutores ponen en contacto sus experiencias y vivencias y al hacerlo se produce un enriquecimiento mutuo. El otro es, pues, una ocasión para viajar a mundos desconocidos, para iniciar experiencias nuevas, para comenzar aventuras que no sabemos como terminarán.

2.2. *El silencio*

El silencio interior es una ocasión de primer orden para trascenderse, para ir más allá de la apariencia y penetrar en la estructura más íntima del mundo y de uno mismo. Todos los grandes pensadores y místicos recomiendan esta experiencia como un camino prolegomenal para situarse de forma desnuda ante el mundo, sin máscaras ni faltas protecciones.

El problema de nuestra liturgia y de nuestro mundo eclesial es que hemos vaciado esta experiencia de significado, la hemos arrinconado, hemos llenado de ruido el mundo, las instituciones y las iglesias y , en consecuencia, se hace muy difícil encontrar una grieta de silencio para adentrarnos en lo más íntimo de nosotros mismos. Propiciar en el educando esta experiencia, por violenta que sea, es una ocasión de primer orden, para suscitar en él el movimiento de trascender, caminar hacia un no se sabe qué, que sólo aparece cuando el silencio hace acto de presencia en nuestra propia vida.

El teólogo Hans Urs von Baltasar en un texto publicado en 1965, ¿Qué es un cristiano?, reflexionaba ampliamente sobre lo que representa la pérdida del silencio en el seno de la vida ritual y litúrgica: “ ¿Qué es lo que se echa de menos? El ámbito espiritual del silencio, con el que envolvemos el misterio. ¿No ocurre aquí lo más incomprensible de todo? (...) Ininterrumpidamente fluye el bastidor de de los ruidos: cuando no se recitan oraciones o se leen y explican los fragmentos de la Sagrada Escritura hay que cantar y responder; incluso el canon mismo es recitado y parafraseado con mucha frecuencia desde el público a través del micrófono. No olvidemos que ninguno de los asistentes tiene durante la semana ni tiempo ni ocasión de concentrarse profundamente; que en la misa del domingo sus almas tienen que repostar y recobrar aliento también de una manera personal; que Dios les habla sobretodo en el silencio; que la liturgia de la Palabra gira ciertamente en torno a la Palabra de Dios- como mensaje y como oración-, pero que el acto de recepción, de aceptación personal en el silencio es del todo imprescindible, si no se quiere que la semilla caiga entre piedras y zarzas”¹.

2.3. El símbolo

Utilizando una expresión de Paul Ricoeur, hay que decir que el símbolo, de hecho, cualquier símbolo, da que pensar (*le symbole donne à penser*). El símbolo es un objeto que se refiere a una realidad que está más allá del objeto, nos envía a algo que se insinúa en el objeto, pero que solamente lo apunta.

El símbolo es, de hecho, una ocasión para trascender, ya que expresa algo que está más allá de la cosa material. Se refiere a ello, pero nunca lo agota. Cuando un hombre ama a una mujer y le regala una flor, la flor se convierte en un pequeño símbolo profano, porque, de hecho, expresa el vínculo de amor que siente por ella, pero no lo agota porque aquel amor no se puede cuantificar ni medir en términos objetivos. La rosa expresa el vínculo, pero el amor es, en sí mismo inagotable.

¹ H. URS VON BALTHASAR, *¿Quién es un cristiano?*, Cristiandad, Madrid, 1967, pp. 48-49.

2.4. El rito

El rito tiene una dimensión muy relevante en la vida humana. No nos referimos únicamente a los ritos religiosos, sino también y particularmente a los ritos sociales y culturales que de manera periódica se repiten en las sociedades secularizadas.

Los ritos religiosos no tienen buena acogida entre nuestros educandos. Se cansan de su ritmo y lenguaje. Todo les parece extraño y alejado de su mundo. Y, en parte, es verdad. A pesar de los esfuerzos que se llevan a cabo en tantos ámbitos para acercarlos a la mentalidad de los jóvenes, hacerlos atractivos y seductores para su gusto estético, los éxitos son más bien, escasos.

Pero el rito religioso, con toda su lentitud y componente no verbal es una ocasión para romper con el ritmo habitual de la semana y para trascender, ir más lejos, establecer el contacto con el misterio, dejarse llevar y liberarse momentáneamente de las múltiples cavilaciones que nos acompañan en la vida cotidiana. Iniciar a los educandos en los ritos religiosos es, también, una manera de educarlos para la trascendencia. No sabemos cuando, ni de que manera, pero puede llegar un día en que aquel conjunto de palabras y gestos, de silencios y músicas, susciten en ellos un encuentro, una pregunta que hasta entonces nunca había tenido lugar.

2.5. La contemplación

La total y perfecta instalación del educando en la vida activa lo hace incapaz de gozar de la vida contemplativa. Sólo quien contempla atentamente el mundo puede mirar alguna cosa nueva en él, puede quedar admirado por lo que hay y hacerse preguntas fundamentales. La aceleración de la vida y la descompensación de los ritmos conduce, necesariamente, a un tipo de existencia mecánica, casi inhumana, donde la posibilidad de trascender resulta completamente imposible. Para educar la trascendencia, hay que educar en el arte de la contemplación. Sólo si nuestros educandos se admiran de la realidad, se harán preguntas que irán más allá de la pregunta utilitaria y funcional.

2.6. La situación límite

Se entiende por situación-límite aquella situación en la que el ser humano pierde el control y el dominio sobre la propia vida, experimenta algo que le supera y

que altera significativamente su forma de vida. Nos referimos, por ejemplo, al dolor, a la enfermedad, al fracaso, a la muerte de un ser querido, a la proximidad de la propia muerte.

La vida no es un *continuum*, sino que en ella hay lugar para situaciones imprevisibles que generan un auténtico movimiento sísmico en el núcleo de la persona. En estas situaciones-límite, uno se pregunta, en el fondo, qué es lo que tiene sentido, para qué vale la pena vivir. Son situaciones en las que la persona se ve confrontada con la nada o con Dios.

2.7. La belleza

La experiencia de la belleza es una ocasión para trascender, para ir más allá, para preguntarse por Dios. Cuando en un mundo de mediocridad y vulgaridad, se vive la experiencia de lo que es bello, sentimos un profundo interrogante por el origen de esta experiencia. La belleza es, de hecho, una manera de caminar hacia Dios.

2.8. La bondad

La bondad ejercida libremente, de manera gratuita, discretamente y sin altavoces es una ocasión para trascender. En un tipo de mundo regido por intereses egocéntricos y utilitaristas, la presencia de personas que hacen de la bondad el centro de sus vidas es una ocasión para trascender, para preguntarse por el propio modo de vida e interrogarse si realmente tiene sentido. Es necesario que acerquemos las figuras de la bondad a nuestros educandos, que las observen y se reflejen en ellas, que vean que, a pesar de todo, hay posibilidades de vivir la bondad en este mundo.

1.9. La unidad

La experiencia de la unidad es una ocasión para trascender. No es fácil vivir esta experiencia en un mundo fragmentado tanto desde el punto de vista cultural como social y político, pero cuando el educando tiene la vivencia de la unidad, de la armonía de todas las cosas, se pregunta ciertamente por la causa de esta unidad y esto le lleva a trascender, a mirar más allá de lo que hay en el marco de la representación.

3. Suscitar el encuentro con el Tu infinito

La fe presupone una educación para la trascendencia, porque la fe es el lazo invisible entre el Tu infinito de Dios y el yo concreto, histórico y determinado de un

hombre de carne y huesos. Educar la dimensión religiosa de la persona significa preparar este encuentro, poner a disposición del educando todos los mecanismos para que descubra en el fondo de su ser al Dios que habita en lo más íntimo de sus intimidades.

El mundo, desde los ojos de la fe, es la expresión del misterio del Tu infinito. Buscar a Dios en medio del mundo, intuir a Dios en la vida diaria, en la vivencia plena del momento presente que se ofrece como don.

Bibliografía elemental

- L. CHESTOV, *Spéculation et révélation*, L'âge de l'homme, Paris, 1981.
- J. ENCAUSSE, *La philosophie de l'éveil*, Vrin, Paris, 1978.
- K. JASPERS, *La fe filosófica frente a la revelación*, Gredos, Madrid, 1962.
- E. LEVINAS, *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, Sígueme, Salamanca, 1987.
- H. URS VON BALTHASAR, *¿Quién es un cristiano?*, Cristiandad, Madrid, 1967.